

No hay significados inherentes a tu recurso patrimonial, pero eso no quiere decir que no tenga significados[♦]

Don Enright

Planificador de interpretación y asesor en experiencia de visitantes

don.enright@gmail.com

Traducido por *Boletín de Interpretación*

Llevo mucho tiempo realizando formación básica para intérpretes, y una de las primeras cosas que hacemos es tratar de definir exactamente en qué consiste nuestra profesión. Podría parecer fácil, pero no lo es. Cada vez que trato de definir la interpretación, quedo menos convencido de que somos una profesión específica.

Obviamente hay muchas definiciones de trabajo, planteadas por personas como Freeman Tilden y asociaciones como *Interpretation Canada*, *Interpretation Australia* y la *National Association for Interpretation* (EE. UU.), pero todas tienen sus inconvenientes. Y en este artículo me gustaría centrarme en la premisa particular de una de las definiciones más utilizadas: la idea de que nuestra profesión establece vínculos entre los intereses del visitante y los **significados inherentes al recurso**.

(Dejemos de lado, por ahora, la incómoda palabra “recurso”. Con esa palabra nos referimos a nuestro parque, nuestro paisaje, nuestra historia, nuestros objetos, nuestra arquitectura, nuestras obras de arte... lo que sea que estemos interpretando. Es una palabra un poco fea y no muy satisfactoria, pero podemos desmenuzarla en otro artículo).

La idea de que los significados son *inherentes* al recurso es lo que no puedo superar, especialmente en una época de reconciliación, de diálogo y de interpretación participativa.

[♦] Artículo publicado en el sitio web de Don Enright: <https://www.donenright.com/>. Agradecemos a Don su colaboración con el *Boletín de Interpretación*.

No hay un significado único *inherente* en las cosas.

El significado o el sentido de algo es un constructo humano, por lo tanto, es subjetivo. Y lo que no me gusta mucho de la expresión *significado inherente* es que implica que si una persona se acerca a un objeto, un paisaje o lo que sea, puede –en un momento de iluminación– adivinar su significado. “¡Oh, una canoa! ¡Una canoa antigua! Espera, espera... es la encarnación de la dualidad de poder inglés/francés en las primeras exploraciones de Canadá. ¡Lo tengo! ¡Escríbalo! ¡Póngalo en una placa!”.

Hay gente que lleva mucho tiempo apegada a esta idea del significado inherente. ¿Y sabes qué?, si reúnes a un grupo de expertos de la misma generación, con la misma formación, que compartan los mismos valores, y que tengan la influencia y el peso de los poderosos detrás de ellos –en realidad son la hegemonía–, entonces es más que probable que lleguen a un único significado común para un recurso determinado. Y supongo que podrías perdonarlos si consideran que la similitud de sus opiniones es una señal de que han descubierto algo inherente.

Por lo tanto, en la planificación de la gestión general o en la planificación interpretativa, la voz hegemónica analiza, juzga, codifica y canoniza esa significación en un plan, en una designación histórica o en una declaración de importancia patrimonial, y ahí lo tienes: significado inherente. *Voilà*.



Pero estas son las cosas emocionantes que están sucediendo en nuestra profesión en la actualidad:

Estamos cayendo en la cuenta de que lo que era el “significado inherente”, simplemente es un conjunto de valores patrimoniales.

No necesariamente valores arbitrarios, sino valores estudiados y contrastados, para estar bien seguros. Pero se trata de valores patrimoniales, al fin y al cabo.

Y el patrimonio evoluciona.

Patrimonio es una palabra maravillosa, pero lamentablemente sobreutilizada. El patrimonio es aquello a lo que nos referimos cuando usamos la palabra “significado”. Es subjetivo, social y efímero. El patrimonio no es historia; no es un hecho forense y no es ciencia. La *historia* es lo que sucedió en nuestro pasado; la *biología* es lo que sucede en la naturaleza; la *ciencia en general* es el proceso de descubrir un hecho inmutable y objetivo. El patrimonio *es lo que hacemos con él*, es la forma en la que entendemos colectivamente esos hechos; es aquello que decidimos valorar de aquellos hechos.

Estamos permanentemente en el proceso de construir significados; de redefinir nuestro patrimonio. No hay nada inherente en esto.

En mi trabajo como planificador en interpretación, me he dado cuenta de que hay una pregunta mucho más importante que cualquier otra al interpretar un sitio:

“¿Por qué es importante este lugar hoy en día?”.

Si respondes esta pregunta, tienes relevancia, tienes conexión. (También tienes visitantes e ingresos). Si fallas en la respuesta, tienes una atracción aburrida, triste e irrelevante. ¿Y quién quiere trabajar en un sitio así?

Los valores patrimoniales que hace setenta u ochenta años atribuimos a nuestros parques y sitios históricos, no son necesariamente importantes ahora. Sé que puede ser un trago amargo, pero es verdad. En Canadá siempre hemos contado nuestra historia colectiva a través de la lente del inglés frente al francés: la historia de los pueblos fundadores. ¿Qué importa eso ahora? ¿Qué significa para mí, un canadiense que no tiene ni una gota de ancestros ingleses o franceses? ¿Qué significa eso en una nación donde un quinto de la población ni siquiera nació aquí? ¿Qué significa en la era del movimiento “Se Acabó la Inacción” [del pueblo originario]? ¿Qué significa en una época de violencia contra los refugiados?

Es hora de cuestionar los significados de nuestro recurso patrimonial: en nuestras declaraciones de importancia patrimonial, en nuestros planes de interpretación y en nuestros medios interpretativos. Es hora de que revisemos

los hechos y, colectivamente, obtengamos un nuevo significado y una nueva relevancia de ellos.

La historia importa. El comercio de pieles todavía importa hoy en día; estamos viviendo con sus consecuencias todos los días. La Primera Guerra Mundial todavía importa; el internamiento de enemigos extranjeros durante las guerras aún importa. Pero no por las mismas razones de hace ochenta años.

Necesitamos seguir reescribiendo nuestro patrimonio. Necesitamos encontrar *nuevos* significados en nuestro recurso patrimonial, en vez de engañarnos con la suposición de que esos significados son inherentes.

Y tenemos que reunir el coraje para alentar a nuestros visitantes, nuestros grupos de interés y nuestros vecinos a que nos ayuden a encontrar esos significados. Esta es la esencia de la reconciliación, una de las cosas más importantes –hoy en día– en nuestra profesión.